

# Garagorri, vivo

Presentación de **María Isabel Ferreiro Lavedán**

ORCID: 0000-0003-2841-6078

El texto que a continuación reproducimos, escrito por don Paulino Garagorri (1916-2007), da cuenta de dos aspectos de importancia a la hora de recordarlo, que a su vez eran importantes para él: su testimonio de Ortega, su maestro, al que admiró; y su labor de editor de la obra orteguiana, a la que dedicó buena parte de su vida. Así, es ésta, su sentida y hasta conmovedora palabra, la que mejor puede hacer percibir lo que José Ortega y Gasset fue para Paulino Garagorri y explicar lo que Paulino Garagorri ha acabado siendo para José Ortega y Gasset, por lo que no se quisiera con esta breve introducción más que expresar el sentido pesar de todos los miembros del equipo de edición de las nuevas *Obras completas* de Ortega por el reciente fallecimiento de don Paulino, si bien bajo el título, “Garagorri, vivo” imitando el número de mayo de 1983 de *Revista de Occidente*, “Ortega, vivo” –del que extraemos el texto–, porque en el Centro de Estudios Orteguianos –donde ahora escribo–, Garagorri está vivo, forma parte de nuestra actualidad, estamos en comunicación cotidiana con él, pues es quien abrió y anduvo gran parte de ese largo camino que es la edición de la obra completa de Ortega.

Sin embargo, no sabíamos bien qué era de él. Pero por una casualidad o sincronía con que a veces nos regala la vida, una mañana de domingo de marzo de 2003 mientras veía los libros de *El Corte Inglés* de Serrano, oía a un señor preguntar por varias obras de Ortega, y el dependiente buscaba perdido en catálogos y le decía que no sabía qué libros eran, el hombre insistía dándole más títulos, y ya me acerqué pensando que se referiría a las nuevas obras completas, pero me contestó enseguida, que no, que quería las sueltas, “ah, entonces usted quiere las de bolsillo, de Alianza, de Paulino Garagorri”, le dije; “eso es”, contestó. Y al poco, se acercó y me preguntó: “¿oiga cómo sabe usted que son de

#### Cómo citar este artículo:

Ferreiro Lavedán, M. I. (2007). Garagorri, vivo. *Revista de Estudios Orteguianos*, (14/15), 231-243.

<https://doi.org/10.63487/reo.594>

Revista de  
Estudios Orteguianos  
Nº 14/15. 2007  
mayo y noviembre



Garagorri, porque Garagorri soy yo?”. Desde entonces le visité, siempre con algún pretexto; dejaba que me llamara él, pues su salud iba y venía. Cuando se sentía bien me llamaba y decía: “¿Teníamos alguna cosa pendiente, verdad?” y yo siempre tenía apuntadas dudas que nos iban surgiendo para decirle que sí, que teníamos algo pendiente.

Le gustaba atendernos, nos ofreció su ayuda desde el primer momento y la mantuvo en los algo más de tres años que resistió su salud. Me daba la impresión de un hombre seguro de sí, y, desde luego, respecto a su trabajo de editor de Ortega, por eso no nos veía como algo hostil sino como editores distintos, de otra etapa, y en algunas cosas con más medios. Pues me contaba que fue editando la obra póstuma de Ortega de poco en poco, que no tuvieron visión clara del alcance global de lo que había hasta muy tarde y que incluso no la llegaron a tener del todo.

En ese primer encuentro casual conoció también a mi hija mayor, entonces de nueve años, para la que tuvo unos piropos preciosos acerca de sus ojos y su mirada, que luego me volvería a repetir a mí en varias ocasiones, cuando me preguntaba por ella. Yo luego se lo transmitía añadiendo: “María, recuérdalo, porque no son unos piropos cualquiera”. El caso es que hubo una primera visita y, con ocasión de mi hija, empezó bien intensa: “Su hija tiene una mirada nada frecuente”, “la persona está en la mirada y en la voz”, dijo para empezar a hablar y, ya allí, no había más remedio que seguir mirando y hablando. Luego fui comprobando que la intensidad no cedía; cuanto hablaba don Paulino, aunque fuera preguntando, estaba cargado de contenido, de pensamiento, de interés por su parte. Salía de su casa como de una especie de meditación, en la que se ha estado completamente captado, atento, sin pensar en nada de fuera que no se estuviera diciendo allí.

Don Paulino hablaba de lo que le importaba, supongo que se debía a una mezcla de aprecio por el tiempo y de una mente clara que no se dispersaba. Iba a las cosas, como había recomendado Ortega a los argentinos. Recordaba, así, que Ortega miraba a los resultados como prueba de haber aprovechado el tiempo o, lo que es igual, de haber atendido la propia vida, y que le preguntaba cuando salía de un curso o de una conferencia: “bueno, pero ¿qué se ha metido usted en el bolsillo?”. También me decía que Ortega llamaba “microcopias” a asuntos sin importancia que sin embargo bien podían aparecer como grandísimos en la prensa, y entretener tanto los estudios de los especialistas como las conversaciones. A esa tendencia humana de perderse en la nada lo llamaba abstracción, y definía la obra de Ortega como una lucha constante contra la abstracción, esto es, contra todo lo que suponga distanciar, desconectar o aislar las partes del todo al que pertenecen y, con ello, alejarlas de su sentido. Que es lo mismo que decir que la obra de Ortega es una permanente llamada a la realidad, a la integración, a ver el bosque pese a lo complejo y caótico que pueda

parecer a veces, porque si bien a mayor perspectiva, mayor complejidad, también mayor matiz y, por tanto, mayor conocimiento.

Nos prestó una primera edición de *La filosofía de la coquetería* de Simmel, que no encontrábamos ni en las bibliotecas ni en las librerías de viejo. Al librito se le rompieron unas hojas y le confesé que lo había llevado a restaurar y me dijo de lo más generoso que cómo lo había arreglado, que no tenía la menor importancia. Para encontrarlo miró un listado que tenía de autores por su fecha de nacimiento y dio con él con facilidad, cosa que me sorprendió ante la cantidad de libros que tenía. Él siempre decía que le desbordaba el caos; pero los hechos mostraron que no era para tanto ese caos, y así se lo dije, aunque no se dejaba animar mucho.

La casa estaba en efecto desbordada, en el despacho donde me recibía había incluso tres o cuatro hileras de libros a todo lo largo del suelo con el lomo para fuera, con la intención normal de poder verlos, al igual que se hace con los que están en la librería; y solíamos tener que mover algún montón para poder sentarnos. Sin embargo, no se hacía agobiante, y resultaba lugar grato. No parecía sobrar nada ni tampoco haber nada por azar, descuido o pena de no tirarse, todo parecía llevado de su mano; incluso un curioso, por cariñoso, gato gris, lo había rescatado él mismo de la calle. Y, no obstante, seguía comprando libros, también esculturas, incluso modernas, y seguía encuadernando. Compraba mucho por catálogos, de subastas y también de librerías de lance.

Me hizo fijarme el primer día en una reproducción del paisaje de Regoyos con el trenecito que describe Ortega en *El Espectador*, y tanto juego le da para describir el continuo aliento de la vida mientras hay vida. Cuadrito, que según me contó, pidió Ortega que se lo pusieran a los pies de la cama el día antes de morir. Tenía colgada también una caricatura de Ortega hecha por Bagaría que le regaló José hijo cuando se la encontró por el suelo al ayudarlo a meter en sacos los libros de su padre al estallar la guerra. Había, en fin, allí, muchos recuerdos conocidos por mí por un lado pero que se me hacía raro verlos por otro... Me sorprendía esa coincidencia del tiempo y el espacio, de él y esos objetos supervivientes en un tiempo ya tan distinto del que procedían. Me chocaba también el recuerdo tan normal y actual que tenía de Ortega; lo que para él eran sucesos de la vida, eran, para mí, más bien hechos para ser leídos en biografías que para ser oídos de viva voz.

Don Paulino se congratulaba, por ejemplo, de no haber hecho caso a José Gaos, quien le recomendó no acudir, en el curso del 35 al 36, a la clase de Ortega hasta que no estuviera más preparado. "Fíjese si le hubiera hecho caso", decía incrédulo de la posibilidad "impensable" de haber cometido el disparate de no asistir a aquellas clases que destinaron su vida.

Se lamentaba, en cambio, de que el médico que operó a Ortega, a la vuelta de su último verano, se limitara a abrir y cerrar, sin atreverse a hacer más. Me contó que a su mujer, pese a no haber esperanza tampoco, sí le limpiaron en lo

posible y ganó un año, que creía que le había merecido la pena y que en la vida de Ortega un año era mucho, y decía el “mucho” como si no cupiera en su vocablo. Un exceso de precaución del médico, precisamente por tratarse de Ortega, creía que lo explicaba; don Paulino todavía daba vueltas a estos hechos.

Recordaba también que Ortega no sospechaba para nada su fin tan próximo aquel último verano del 55, en que tuvo la satisfacción de que le visitara en Balmaseda, como va a mencionar en el texto que sigue. Recordaba que Ortega estaba vivísimo, lleno de proyectos, ocupado en el origen del lenguaje y con ello en el del hombre, que es de lo que le habló, durante la excursión que hicieron a las cuevas de Altamira. A Ortega, con todo, le faltó tiempo, eso para don Paulino era una realidad de primera mano, que sentía cincuenta años después de la muerte de su maestro que todavía se le hacía difícil de encajar y comprender.

Paulino Garagorri sabía que dedicó su vida a una persona y una obra que él sentía inseparables y que le constaban como algo extraordinario. “Extraordinario” era el calificativo que daba a cada texto de Ortega del que hablara. Por ejemplo, recuerdo que me pidió por favor que le llevara la serie de artículos “Naturaleza, espíritu e historia”, publicados en *La Nación* de Buenos Aires, en 1937, y cuando se los di los examinó con suma atención, acariciando, lo que eran fotocopias, con sumo cuidado, como si tuviera efectivamente algo extraordinario entre sus manos. Todavía, pensaba yo, sigue fascinado con Ortega. Consideraba en lo más valioso no sólo la propia obra de Ortega, sino cuanta obra o persona Ortega apreciaba. Por ejemplo, al hablar de Simmel en una ocasión me dijo que Ortega lo apreciaba mucho “y eso había que tenerlo en cuenta”; lo mismo me dijo de Fernando Vela, que era “hombre valioso sin duda”, “Ortega confiaba en él”.

Otro recuerdo que me viene con fuerza al pensar en don Paulino, es el “cuidado” que tenía con la palabra. Su palabra era de una precisión sorprendente y exquisita. Cuando recordaba algo que le parecía importante que tuviéramos en cuenta, siempre utilizaba la palabra “conviene”: “conviene que lo localicen”, “convendría verlo”, “conviene que lo sepan”; expresaba con palabra tan delicada algo que para él era ciertamente importante, pues de no ser así, precisamente por la precisión de su palabra, no se molestaría en mencionarlo.

Bueno, pues estas visitas las hacía a la vista de unas cuantas lechuzas, que tenía repartidas por las estanterías, que miraban atentas desde distintos sitios. Los ojos despiertos, alerta, interesados de don Paulino corroboraban, encarnaban y se sumaban a aquellas figuritas, y me hacían comprender lo que debieron ver los griegos en la inteligencia cuando adoptaron a esa ave para representarla. Eso me parecía don Paulino un hombre inteligente, fiel a la verdad que para él eran su maestro y su obra.

Descanse en paz don Paulino con nuestro agradecimiento, y disfrute el lector de esta precisión con que la palabra veraz se expresa en el texto que sigue.

---

---

## PAULINO GARAGORRI

### *Una convivencia póstuma*

Los que mueren no se extinguen del todo: perviven en la memoria de quienes les sobreviven. Pero también esta sobrevive, por fuerza, caduca. Se acaba, ciertamente, con el término de la vida de esos supervivientes, pero aun antes, el olvido, que es un lugar de la memoria, absorbe y anula, quizá definitivamente, el caudal del recuerdo. Presumo que este riesgo ha movido a la directora de la *Revista de Occidente* al decidir que este número, que conmemora el centenario del nacimiento de Ortega, se alimente exclusivamente con el testimonio de quienes, más o menos, y en el grado que fuese, han tratado, convivido con Ortega. Nos pide, pues, que llevemos la presión de nuestra atención a la frontera de lo invisible, al mundo insondable del recuerdo, y que salvemos del olvido, refiriéndolos, los aspectos de Ortega que un día fueron presencia de su persona. Muchos comentarán el legado de sus perdurables escritos, pero sólo algunos podemos todavía rememorar los pasos fungibles de su existencia.

Ver, recordar lo vivido, imaginar la substitución de lo ocurrido por lo que también pudo acontecer, o fantasear sobre el curso futuro de nuestro trato, son varios los modos –y aun luego aludiremos a otra posible vivencia– como podemos tener presente al próximo, al otro. Y a cada uno de esos modos corresponde un tipo distinto de convivencia. Hay, pues, suertes varias de compartir nuestra vida con los demás humanos. Y lo único constante y permanente en

todas esas formas de relación es la de nuestra propia vida, cuando concurre –en la presencia– o cuando presta –en todas las demás– las horas contadas de la propia vida a la reviviscencia, en nuestro propio tiempo, del fantasma de los convivientes porque los otros, aunque ausentes, están en nosotros.

En efecto, yo tengo en mí el recuerdo de Ortega, y no es la primera vez que tras su pérdida quisiera evocarle. Al poco de su muerte, en las páginas de un diario, y bajo el título de “Lo que no queda”, publiqué estos párrafos que espero se me consienta reiterar en esta revista:

“Si el hombre es hijo de sus obras, como pensaba don Quijote con rara agudeza, la herencia que Ortega deja en la hora de su muerte le asegura una progeñe vigorosa, un revivir ininterrumpido mientras a los hombres importen los frutos ingrátidos de la filosofía y de las letras. Cuando la obra entera que ha trazado con su pluma y su palabra se imprima y quede, enteriza, al alcance público, se verá en su legado literario una de las cumbres mayores de la cultura europea, y su nombre excederá a toda clasificación parcial por alcanzar esa zona en que moran los paradigmas de la galería humana –como Goethe y Platón–, y merced a los cuales los humanos se consuelan o redimen de la estupidéz nativa, de la espontánea tosquedad de su especie.

”Pero la obra de este linaje de hombres excepcionales –«que de lo oscuro hacia lo claro aspiran»– no ofrece su más valiosa riqueza en el contenido que consta en ella, y que podemos encontrar y volver a él una y otra vez, sino porque brinda una nueva avenida tendida hacia el futuro. El máximo valor de su herencia no reside en el inventario de lo que de hecho registramos en ella, ni tampoco en las incitaciones que directamente nos despierte, sino en lo nuevo que se puede llegar a hacer gracias a la virtualidad de ese legado, a su poder demiúrgico de crear posibilidades. Y entiéndase esto con todo rigor: afirmaba Zubiri en su necrología que muchos españoles, de no haber sido Ortega quien fue, hubiesen sido otros; pues bien, creo que el haber de su existencia tiene su partida más fértil en los tantos españoles del futuro que se encuentran, gracias a su obra, herederos no ya de las cosas que él ha hecho, sino de las cosas que él ha hecho que sean posibles. Es sabido que la riqueza de un hombre no está en la cifra de su numerario, sino, como bien se dice popularmente, en «tener posibles», en «ser hombre de muchos posibles».

”Sin embargo, a mi juicio, ni su pensamiento explícito, ni aun su siembra de posibilidades, agotan en su enumeración lo que de veras ha sido, en su viviente actualidad, la presencia real de Ortega. Si las he aludido es para advertir que las excluyo y deslindar el perfil de otras manifestaciones tuyas más huidizas y sutiles, muy difíciles de enunciar y, por desgracia, imposibles de transmitir y conservar en modo alguno. Y quisiera referirme aquí precisamente a eso que

es lo que no queda. Son notas o rasgos de su persona –destellos o vibraciones más bien– casi inefables, porque no dejan huella perdurable, pues su propia índole es la de una forma cambiante, fugitiva, inasible. Aludo a esa elocuencia tácita que irradiaba de su personal presencia física. El don más impagable que nos da con su presencia el maestro, el grande hombre, no reside en su modo de ser cosa ninguna determinada, por excelente que sea su grado, sino en su modo de ser cualquiera y toda cosa que le sucediese. Pero sería inútil el intento de sugerir enunciando matices y cualidades aquel su modo de ser y hacer cualquier cosa: si decimos que era veraz, prudente, justo, elegante, cordial, austero; que tenía donaire, garbo, gravedad; que imponía respeto, confianza, moralidad, limpieza..., no, es inútil. No hay aspecto ni concepto que evoque eso que no queda, lo que definitivamente hemos perdido.

"Quizá el recuerdo de una fábula poética pueda, en la ocasión, ayudarnos. En *El gran teatro del mundo* el formidable auto sacramental de Calderón, quien, como tantos españoles, gustaba de anticipar el juicio final, se nos describe cómo los seres que van llegando a la vida reciben los atributos adecuados para representar el oficio que les corresponde en el repertorio de la condición humana; pero al término de su existencia, cuando a través de la sepultura se encaminan al juicio definitivo, cada cual ha de devolver el ornamento que le fue prestado. El mundo va reclamando a los mortales la veste que les dio la ilusión de identificarse con el personaje que han representado. Pero hay un mágico y rebelde personaje con quien el despojo resulta imposible: el paso por la vida consume su virtud a la hermosura, a la que no puede desprenderse de su apariencia porque es toda ella, en su esencia, un puro aparecer, estar presente. No puede devolver la corona, como el rey; ni el azadón, como el labriego; o sus joyas el rico: no puede despojarse de nada que quede aparte de ella misma porque actúa desnuda, en su propia aparición, y se agota en el fluir de su existencia, como un fuego que no deja ceniza.

"Creo que esa certera visión condujo al poeta a enfrentarse con la cima de las calidades humanas y a configurar su mejor símbolo. Y no hallo ejemplo más expresivo, aunque el sesgo femenino de la hermosura pueda desorientar la evocación que persigo. Pues la nobleza del varón superlativo alienta en curso divergente a los módulos de la feminidad. Las cualidades del varón que arrebatara nos empujan, como un nisis trashumante, hacia una aventura cuyo término está siempre más allá de él, en nuestro propio destino. Si la mujer nos seduce con su hermosura hacia ella misma, el hombre, con su poder de atracción innominado, nos exhorta como Píndaro: «Llega a ser el que eres».

"Cabe pensar que haya personas opacas y cuya presencia no revela su bagaje íntimo, pero yo más bien creo al que dijo: «Nada hay fuera, nada hay dentro; lo que hay dentro eso hay fuera». La irradiación de Ortega era el vivo tes-

timonio de la verdad de esa sentencia, y por ello su presencia convocaba tantas perfecciones. Lo que la existencia de Ortega ponía en actualidad con su apariencia era la gran riqueza interior de su persona, por modo casi transparente y envuelta en una fuerte y contagiosa tonalidad emocional. Pero ese contagio simpático no era siempre cómodo; el tirón ascendente que ejerce el contacto con lo óptimo nos eleva pero con ello, si hemos sido débiles o infieles, la conciencia nos acusa acremente y nos hace ver que sólo hemos logrado ser una caricatura de nosotros mismos. Quizá esto explique las ausencias que se producían en su tertulia, donde, a decir verdad, no concurrían cuantos podían hacerlo.

"En estos últimos años, quizá porque la densidad de la experiencia hacía más intenso el halo magnético de su intimidad, acusaba Ortega un refinamiento consumado en su capacidad para acertar con el gesto y la mirada, con el juicio, con el acento de la palabra o el silencio: con ese don que aparecía siempre sin residir en nada y que su ausencia ha borrado de la realidad.

"Desde la cátedra o la tribuna, en su trato, y especialmente en la tertulia que tanto le importó siempre —dijo alguna vez que le gustaría morir en ella y casi lo ha conseguido, pues hace escaso tiempo, breves semanas, aún bromeaba intrépidamente acerca de la cirugía que habría de sufrir—, la influencia intelectual de Ortega brotaba a través de esos elementos imponderables que no quedan porque eran lo absolutamente suyo, y que a fuer de intentar lo imposible he querido conjurar en estas líneas. Ese don de la palabra oportuna y el ademán justo hacían ostensible, por su profunda identidad, que su poder de irradiación no procedía, claro está, de ninguna inspiración inexplicable, sino de la interna consistencia de su sensibilidad mental, de la «razón viviente» que en él ha tenido su máximo descubridor y la demostración palpable. Él ha sido ejemplo de lo que puede llegar a ser un hombre: un instrumento de precisión en el argumento y el concepto, en la mirada y la cordialidad. Y toda esa actualidad de Ortega ya no existe en ninguna parte, con él ha desaparecido irremisiblemente.

"De su actuación universitaria sólo alcancé su último curso, hace veinte años justos, y cuando él llevaba a su espalda cinco lustros de docencia, que por entonces se celebraron; pero luego, tras la guerra civil, sus reiteradas estancias en Madrid me han ocasionado el privilegio de su proximidad hasta el triste y doloroso contacto del peso de sus restos en la última vez que podía acompañarle.

"Ahora, al borde de su tumba, ante la fresca corona de laurel que las juventudes universitarias le han traído al paso y cruzando las calles madrileñas, bajo el tibio sol de otoño que tanto le gustaba apurar y del que un día me dijo que nos acariciaba el rostro «como la mano gastada de un párroco viejo», si queremos buscar ese aura perdida que ni siquiera sabemos nombrar, no la encon-

tramos y tenemos que recordar, una vez más, la genial intuición del poeta ante la belleza intransferible,

*pues al querer cobrarla yo, no puedo,  
ni la llevas ni yo con ella quedo”.*

Pero sí queda en mí, en el recuerdo, la presencia de las horas de su vida en que participé. Desde aquellas primeras lecciones del curso 1935-1936 hasta los postreros encuentros del 55. Precisamente en esa fecha –año que sería tan inesperadamente el de su último veraneo– pasó en viaje estival por mi casa en un pueblo vizcaíno de las Encartaciones, camino de Santillana del Mar, donde residió breve tiempo; acudía a verle y un día visitamos la prodigiosa espelunca, que hacía muchos años había inspirado algunas páginas de sus “Notas del vago estío” (1925). Su tema, en aquel entonces, fue el origen del arte, “...los hombres de Altamira lo encontraron sin buscarlo. Vino sobre ellos como una revelación, como un bisonte”. En cambio, lo que ahora le sugerían aquellas figuras rupestres lo asociaba a una cuestión que entonces le inquietaba y se proponía tratar más de la que apenas sólo aparece alguna alusión en sus páginas –póstumas– sobre el “pensar visionario” de nuestros primeros antepasados. Y concretamente, el eidetismo, presente hoy en la infancia y acaso dominante en la vida del hombre prehistórico, fenómeno quizá decisivo para poder entender la formación de la inteligencia del hombre histórico, fue el tema de nuestra charla.

Pero referir con la morosidad indispensable para que su evocación se cumpla, siquiera algunos de tantos encuentros y conversaciones con Ortega, a veces en paseos vespertinos por los alrededores de Madrid –la Sierra, el Jarama–, requiere un espacio y un tiempo que no caben en esta ocasión. Para recordar, para dejar que refluya el tiempo pasado, hay que poder ausentarse del presente y este requisito, en estos tiempos de general desasosiego, es un lujo inaccesible. Pero sí quisiera decir ahora algo sobre un tipo de relación ciertamente interpersonal, distinto a todos los modos al comienzo enunciados, y que la decisión de la familia de Ortega me otorga desde su muerte: la convivencia póstuma, por así llamarla, que la encomienda de la edición de sus inéditos, la ordenación y análisis de sus manuscritos, me ha franqueado.

Pues los inéditos de Ortega constan, casi en su totalidad y como era habitual en su generación, en páginas autógrafas. (Sin que falten algunas manuscritas por su mujer –doña Rosa–, sin duda, copia en limpio de sus borradores, pero cuya similitud con la letra de Ortega, en ciertos años, las hace casi indiscernibles; compenetración que quizá revela una de las claves de la biografía de Ortega). Se trata, pues, de una forma de relación, con presencia física de huellas tan expresivas –la letra es el sismógrafo del corazón, decía Ramón Gómez

de la Serna— como las que declaran el tono del pulso de la mano y el rumbo invisible y certero de los aéreos pensamientos. Presencia, pero a la vez, y sobre todo, ausencia —ausencia de la voz y la mirada, la máxima presencia—, una insalvable ausencia. Relación, pues, insólita, grata y acibarada, que me ha ocupado largamente.

Porque han sido unas largas relaciones que se encaminan hacia el tercer decenio, si bien debo decir, en mi descargo —aunque la suma de las obras póstumas ya editadas casi iguala y excederá, cuando se logre al cabo rematarla, a las por él publicadas—, que entre el 63 y el 73, al tener a mi cargo la emisión mensual de la *Revista de Occidente*, esa labor estuvo bastante interrumpida. Los “papeles” de Ortega se hallaban en un singular estado de buena conservación desordenada. No imputable, por cierto, a la que fue su benéfica secretaria hasta el forzado destierro impuesto por la guerra civil, y a la que dedicó un ejemplar de sus *Obras completas* (1946) en estos agradecidos términos, que me permito publicar: “A Lolita, la más fiel amiga, que me ha ayudado tanto en la vida, con el cariño compacto de Ortega”. Imputable, sin duda, a las ingratas contingencias biográficas que turbaron su curso. “El puro azar que zarandea mi existencia...”, escribe en el “Prólogo para franceses” (1937); “Desde hace cinco años ando rodando por el mundo...”, cuenta en el prólogo a *Ideas y creencias* (1940). Hay que decir que, en rigor, desde el 36 anduvo peregrino hasta su muerte, y aunque en esos años escribió mucho y redactó algunas de sus más extensas y valiosas obras, lo hizo sin una morada estable y permanente, un hogar que pudiese considerar definitivo. El ser español puede traer, una y otra vez en la historia, estas gabelas. Azares y traslados acarrearón, sin duda, algunos extravíos de sus papeles, y aún más de su biblioteca. Pero ese desorden ha resultado conservador. Pues si en algún momento avanzado de su vida Ortega hubiese tenido el deseo y la ocasión de ordenar sus manuscritos, cabe presumir la eliminación de lo que hubiera juzgado desechable. Pero no fue así. Al parecer, no tiraba nada, pero tampoco, digamos, lo archivaba; simplemente lo guardaba, almacenaba todo; pero precisamente todo aquello que no hubiese publicado. Mas esto no parece significar, a juzgar por los resultados, una especial afección hacia sus propios autógrafos; por ejemplo, de *La rebelión de las masas* no hay otros manuscritos sino los de algunas páginas que sustituyó o eliminó y que no fueron publicadas; pero los manuscritos de las que aparecía en *El Sol* no fueron reclamados, sino, sin duda, dejados a la suerte de los papeles usados. En cambio, según digo, lo eliminado se conservaba. En el prólogo a la edición de sus *Obras* (1932) atribuye la idea de su compilación a un editor, y declara: “Por fortuna, yo siento aún un extraño asco al recuerdo”. Ortega vivió siempre “hacia delante” (confesó a Vela —en su “Prólogo - Conversación”: “Tengo montañas de notas, pero tan confundidas, que cuando me pongo a

escribir prefiero buscar lo que en el momento se me ocurre, a buscar las notas que en ocasión más tranquila hice sobre ello”) y presumo que ese sentimiento le acompañó hasta el brusco final: no dejó ninguna clase de disposición testamentaria.

Pero son estas meras alusiones a hondas cuestiones que sólo una muy delicada hermenéutica de su biografía puede atreverse a interpretar. Y si aludo a ellas es sólo para dar algún significado a esa “buena conservación desordenada” a que antes me he referido. El hecho es que la masa de sus papeles era tan cuantiosa que la atenta inspección de su totalidad se halla aún inconclusa, y que espera todavía, por ejemplo, a sus actuales lectores, tras la reciente aparición de sus inéditas *Investigaciones psicológicas* (colección “Obras de José Ortega y Gasset”, volumen núm. 20, Revista de Occidente en Alianza Editorial, Madrid, 1983), el encuentro, en primera lectura, del texto de sus famosos cursos bonaerenses de 1916 y 1928, o de los manuscritos de los cursos universitarios de 1929-1930 y 1930-1931, a los que, por cierto, pertenecen los fragmentos publicados en *El Sol* (enero, febrero y marzo de 1931) bajo el título de “¿Qué es el conocimiento?”, y nunca reimpresos en libro hasta la fecha. Esta prolongación de la biografía intelectual de Ortega, puesto que él sigue así viviendo con su nuevo influjo en sus actuales lectores –la acción de una obra póstuma se asemeja al “reinar después de morir”–, originará, por fuerza, en el futuro, la presencia de una obra mayor que la conocida hasta su muerte, y llevará, cuando el estudioso se enfrente con su totalidad, a un juicio, sin duda, distinto del que antes podía hacerse. Es obvio que Ortega provocó en el curso de su vida unos efectos determinados, y que su actuación ha influido decisivamente, mediante la “recepción” de su obra impresa entonces divulgada, en la cultura española con la que convivió, y además alcanzó una notable proyección internacional; pero ello es ya un capítulo del pasado, que sería indebido caer en la tentación de consagrar (sería incurrir en una suerte de “provincianismo temporal” que en otro lugar ya he denunciado), pues la móvil estereoscopía de la historia venidera se ajustará, desde sus variables problemas y propias vivencias, a la totalidad de sus escritos. No ha sido el caso de Ortega como el de Bergson, quien llegado a la senectud estimó que había publicado cuanto podía decir, y desechó lo por él no editado (por cierto, no se le ha obedecido; a mi entender benéficamente), sino el de un autor granado de proyectos y promesas que, en parte, la publicación de su obra inédita viene a cumplir. Este Ortega entero no será otro pero tampoco el mismo, pues la significación del nombre de un hombre varía sustancialmente, como es natural, a lo largo de sus años de vida conforme aparece y consta la obra por él realizada. Hay casos en que esa posible variación concluye con la muerte –por ejemplo, Baroja o Azorín–, pero en otros se continúa con su obra póstuma –el caso de Azaña o el

de Marx y, no digamos Kafka o Wittgenstein—, e incluso con la mera recopilación de sus escritos ya publicados pero que reunidos adquieren una presencia nueva —el caso de Unamuno. Pero no hace a la ocasión de estas páginas la incursión en la teoría de la “vida póstuma”, que brilla por su ausencia (Ortega postulaba una historia de “fama”), sino el recuerdo de una convivencia<sup>1</sup>.

Se trata, pues, de una larga “convivencia póstuma”. Quisiera decir que un sentimiento de inestimable privilegio y grave responsabilidad me acompaña de continuo. Pues, aunque en escasa y accidental medida —ya que la más escrupulosa fidelidad es el principio indeclinable—, la tarea consiste, por fuerza, en sustituir al autor y obrar como, a mi entender, Ortega hubiera creído ahora adecuado. Es indudable que nadie está acreditado de modo suficiente para confirmarse en esas conjeturas. En el prólogo a la versión de *El collar de la paloma*, de Emilio García Gómez —quien acompañaba a Ortega en el viaje estival antes mencionado— precisa que su amistad hacia él “se origina en que al hablar de Fulano coincidimos”. Perdóneseme alegar que la nuestra me proporcionaba también ese disfrute, y quizá por ello —puestos a desvelar dedicatorias— al solicitarle una en un libro suyo, me apoda “uno de los pocos”.

Pero sepa el lector que por fortuna la intervención del editor suele ser, a veces, casi nula, como en *La idea de principio en Leibniz*, o muy laboriosa, pero de mero ajuste, como en el curso *¿Qué es filosofía?*, por la dispersión del manuscrito, que sin la guía de los minuciosos extractos publicados en *El Sol* al día siguiente de cada lección —y debidos a la autorizada pluma de Fernando Vela— hubiese resultado un rompecabezas bastante difícil, o intermedia, como en *Una interpretación de la historia universal (en torno a Toynbee)*, al sumar el texto de la transcripción oral de la conferencia con el manuscrito preparatorio de la misma. Y como se trata de un secreto confesable, revelaré sin que se le caigan los anillos, algún yerro ortográfico —entre la “ll y la “y”—, residuo, probablemente, de su infancia andaluza.

En definitiva, esta convivencia póstuma no ha sido sino la prolongación de unas interrumpidas conversaciones en la forma de un diálogo silencioso y solitario. Aunque no del todo. En su autopresentación a sus lectores alemanes (“Prólogo para alemanes”, 1934) dice: “si el lector analiza lo que ha podido complacerle de mi obra, hallará que consiste simplemente en que yo estoy presente en cada uno de mis párrafos, con el timbre de mi voz, gesticulando, y que, si se pone el dedo sobre cualquiera de mis páginas, se siente el latido de mi corazón. Pero siga analizando el lector y entonces hallará la clave definitiva. El

<sup>1</sup> Si no sobre sí mismo, Ortega sí hizo alusión a los escritos dejados inéditos por Husserl, y escribe: “Es de esperar que el señor Finck, su discípulo y testamentario científico, publique la mole de manuscritos que Husserl dejó” (*Obras completas*, vol. V, pág. 546). [VI, 29].

que yo esté presente en cada expresión no procede de ningún supuesto don mío, más o menos «genial», y mucho menos –sería repugnante de que... me ponga yo en lo que escribo y obligue al lector a tropezarse conmigo –se reconocerá que casi nunca he hablado de mí–, *sino al revés*: todo proviene de que en mis escritos *pongo*, en la medida posible, *al lector*, que cuento con él, que le hago sentir cómo me es presente, cómo me interesa en su concreta y angustiada y desorientada humanidad. Percibe como si de entre las líneas saliese una mano ectoplásmica pero auténtica, que palpa su persona, que quiere acariciarla –o bien darle, muy cortésmente, un puñetazo”. Diálogo –repito– no del todo solitario, pues la verdad es que esa “mano ectoplásmica pero auténtica” la he visto emerger, en ocasiones, de entre sus manuscritos, a veces con el admonitorio dedo índice elevado, o en otras para darme muy amistosamente una palmada.

*Revista de Occidente*, mayo de 1983